



El escritor Michel Houellebecq, ayer, en Barcelona. / DOMÈNEC UMBERT

## «En el siglo XX, la música ocupa el papel de la poesía», dice Houellebecq

**LAURA FERNÁNDEZ / Barcelona**  
Dice Michel Houellebecq que podría vivir sin escribir, pero que no podría vivir sin leer. Se toca el pelo, parpadea, enciende un cigarrillo sin importarle que no se pueda fumar, y añade: «Para mí la escritura no es una adicción. Nunca he llevado un diario. Y, por supuesto, no escribo cada día. No lo necesito». Si no es una necesidad, ¿por qué escribir? «Escribo por los aplausos. Soy vanidoso. Me gustan los aplausos. Sin la perspectiva de esos aplausos quizá no escribiría», contesta. Anagrama acaba de publicar su *Poesía* reunida y el escritor ha decidido salir de su madriguera, al parecer, situada en un pueblo de la costa almeriense, para echar un cable a sus poemas: «Comparada con la novela, la poesía es como un niño minusválido, necesita más ayuda que un niño sano».

«Escribir poemas o es fácil o es imposible. Si estás metido en una novela y te levantas un día inspirado, es muy raro que no consigas escribir una sola página. Pero puede pasarte con un poema. Puedes estar inspirado y aún así resultarte imposible escribir», sentencia. Se toca el pelo, la cara, sigue fumando. Deja vagar la mirada. Se toma su tiempo en cada respuesta. Y admite que le gusta repetirse. «Mi poesía es básicamente repetición. Me gusta repetir la mis-

ma palabra una y otra vez. Adoro a Flaubert pero opino lo contrario que él respecto a la repetición. A mí me gusta». Repite palabras como *hipermercado*, *sufrimiento*, *siesta*, *paro*, *muerte*, aunque la que más se repite es *piel*. «No es verdad que esté obsesionado con la muerte, sólo es que me resulta fácil escribir sobre ello. No pienso casi nunca en mi propia muerte. De hecho, la palabra que más se repite en todo lo que hago es *piel*», dice. Sin añadir un porqué.

El escritor, que el año pasado se dio por desaparecido después de no presentarse a una lectura en Amsterdam, no cree haber perdido su capacidad para incomodar al lector, aunque admite que en *El mapa y el territorio* «no pretendía cabrearlo sino adormecerlo». «Se ha dicho que *Ampliación del campo de batalla* es una novela *punk*, porque es insolente; lo que pretendía era tirar jarras de agua fría al lector. Pero no sólo me gusta el *punk*, también me gusta Pink Floyd. La sensación en *El mapa y el territorio* es la del ruido pero a la vez la de la melodía que aparece antes de que nos demos cuenta. Lo que buscaba era la armonía. Suficiente armonía como para que el lector se adormezca y se deje llevar. Quizá me estoy haciendo mayor».

Enciende otro cigarrillo. La manera que tiene de cogerlo es extraña.

Lo atrapa entre el corazón y el anular de su mano derecha. «Me rompí el índice cuando era joven y ahora tengo un dedo deforme», explica. Cree que la literatura francesa se encuentra en un buen momento. Al menos, narrativamente hablando. Le gusta Emmanuele Carrère, le gusta Pierre Michon, le gusta Frederic Beigbeder. No ha leído a Amélie Nothomb. «No me interesa». Respecto a la poesía, cree que es muy probable que haya perdido su función. «Durante el siglo XIX y principios del siglo XX, hubo una gran concentración de grandes poetas: Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire... En el siglo XX, el papel de la poesía lo ha ocupado la música. Lo malo es que la mayor parte de la gente no escucha nada a partir de los 20 años y esa música queda para siempre atrapada en la adolescencia», señala.

«Pretende su poesía, como su prosa, provocar? «No, en la poesía es imposible provocar, porque no hay personajes. El yo está difuminado. Es como si asistiéramos a un mo-

mento preciso de una historia que desconocemos. Como si sólo pudiéramos ver una escena», añade. No cree que el Gouncourt que consiguió gracias a *El mapa y el territorio*, su última novela, haya cambiado nada. «Nada va a cambiar hasta mi muerte», dice. Muerte que, por cierto, relata en dicha novela. «Me gusta matar a mis personajes para poder enterrarlos. Me encantan los entierros. La muerte es agradable, pero la idea del entierro lo es aún más. Es como un día festivo, sólo que triste», argumenta. No sonríe. Se tapa la boca con la mano mientras fuma. Parpadea una y otra vez, lentamente, y dice que, de entre todas sus novelas, *El mapa y el territorio* «es la más extraña».

Entre sus versos, algunos tan du-

«Escribo por los aplausos. Soy vanidoso. Sin la perspectiva de esos aplausos quizá no escribiría»

«Me gusta matar a mis personajes para enterrarlos. Me encantan los entierros»

ros como éstos: «Un poeta muerto ya no puede escribir. De ahí la importancia de seguir vivo» o «No temáis a la felicidad: no existe». «Digo que escribo por los aplausos, pero también escribo porque es divertido. Es divertido es mover las frases. La arquitectura, la estructura del texto, me fascina. Creo que Perec es el escritor que más se ha divertido en la historia de la literatura francesa».